

El capital y la nación desde la crítica de la economía política

Capital and nation from the critique of political economy.

Fernando Dachevsky*

Resumen: En el presente trabajo analizamos la diversidad nacional en tanto forma específica del modo de producción capitalista. Revisitamos las obras fundamentales del marxismo dedicadas a su estudio y advertimos la permanencia de un problema en el hecho de que tiende a concebirse aquello que explica las particularidades nacionales como existiendo exteriormente al capital. Sostenemos que esto tiene como consecuencia el pensar las naciones como si fueran cada una de ellas portadoras de las potencias generales del modo de producción capitalista y el fallar en comprender la unidad mundial diferenciada del capital.

Palabras clave: capital, nación, clase obrera, marxismo

Abstract: In this paper we analyze national diversity as a specific form of the capitalist mode of production. We review the fundamental works of Marxism dedicated to its study and we note the permanence of a current problem in the fact that what it is constitutive nation peculiarities tends to be conceived as existing externally to capital. We argue that this result in thinking nations as if each one of them were bearer of the general potentialities of the capitalist mode of production and failing to understand the differentiated world unity of capital.

Key words: Capital, Nation, Working class, Marxism

Recibido: 15 septiembre 2020 Aceptado: 18 diciembre 2020

El presente trabajo tiene como propósito contribuir al análisis de la diversidad nacional en el modo de producción capitalista. Para ello, revisitamos las obras clásicas del debate marxista sobre la cuestión nacional con énfasis en el modo con que se explica la división del mundo en naciones. Es decir, la existencia de particularidades nacionales, de diferencias nacionales dentro de la unidad del modo de producción capitalista. Se trata de una problemática de primer orden para comprender la fragmentación política de la clase obrera y que trasciende a los conflictos de autodeterminación. La nacionalidad se desplegó por el mundo como una línea que divide territorios y personas. Se extendió como un atributo portado por todos los seres humanos del mundo². Por sobre todo particularismo, estamos ante un despliegue global de una forma de concebir la comunidad humana propia de la sociedad capitalista.

Frente a tal realidad se enfrenta el marxismo que tiene a la llamada cuestión nacional como una de sus problemáticas más debatidas. Su centralidad en la formación de programas políticos implicó que

* Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (CONICET-UBA), Argentina. fdachevsky@gmail.com

1 Smith, A. D., *Nationalism and modernism*. Routledge, 2013.

2 Smith, A. D., *Nationalism and modernism*. Routledge, 2013.

apareciera como una temática de peso en la delimitación de diferentes corrientes teóricas. Sin embargo, en los análisis marxistas persisten dificultades para pensar el carácter capitalista de la nacionalidad³. En el presente trabajo se sostiene que, con relación a esta cuestión, el principal desafío al que se enfrenta el marxismo en la actualidad es el superar aquellos enfoques donde lo nacional y el capital son concebidos de manera exterior. Esto significa superar las propias apariencias desde las cuales la conciencia nacional logra presentarse en abstracción del modo con que se organiza la producción social.

Consideramos que la problemática concreta donde esta cuestión se hace visible es cuando se necesita explicar la diversidad mundial de naciones. Encontramos en los distintos abordajes marxistas que la fragmentación internacional de la clase obrera es todavía explicada como obedeciendo a circunstancias que exceden al capital. Como si no fuera el capital el que divide a la clase obrera, sino condiciones meramente heredadas, externas.

Para desarrollar nuestro argumento, en la primera sección damos cuenta de los problemas que encierra pensar la nacionalidad de manera exterior al capital. En este sentido, se pone énfasis en los límites de las interpretaciones marxistas dominantes en la actualidad tendientes a reducir las nacionalidades a constructos imaginarios, donde se evade la pregunta por el sujeto implícito de los mismos. Esto nos lleva a examinar las elaboraciones clásicas del marxismo en las que se elaboró de manera más acabada la relación entre clase y nación, con especial atención en la obra de Karl Kautsky y Otto Bauer. Se trata de autores que construyeron los dos polos fundamentales en torno a los cuales se desarrolló el pensamiento marxista sobre la nacionalidad. Allí advertimos que se trata de dos perspectivas donde la unidad mundial de las naciones, la unidad de lo distinto, aparece alternativamente como unidad o como distinto, conservándose, invariablemente, una relación exterior entre ambos términos. Problema que adquiere particular importancia cuando se reconoce que se trata de una unidad jerarquizada de naciones. Sobre esta cuestión nos detenemos en la segunda sección desde una revisión de las intervenciones de Lenin. Allí sostenemos que si bien Lenin logra formular proposiciones originales sobre las luchas nacionales no supera las limitaciones que identificamos previamente en el enfoque kautskiano.

Afirmamos que si el problema de lo nacional permanece irresuelto es porque la propia pregunta por la unidad mundial lo está. No se trata aquí rescatar un enfoque marxiano original contra el cual contraponer posibles desviaciones marxistas posteriores. La propia trayectoria de Marx y Engels referida al estudio de casos nacionales fue de las más estudiadas, pero como fuera advertido por numerosos estudios, no encontraremos allí una obra de referencia básica sobre la nacionalidad y sus concepciones deben inferirse a partir de una vastedad de escritos dedicados a temáticas diversas⁴ que, en nuestra consideración, no llegan a conformar una propuesta alternativa. De lo que se trata es de comprender la afirmación histórica de naciones, pero ya no como si fueran recipientes donde se vierten formas generales capitalistas, que con mayor o menor grado de desarrollo implican invariablemente la imagen de que lo específico no brota del capital sino de recipientes definidos exteriormente. Debe explicarse el desarrollo de una relación social mundial que, en su extensión global, se especifica adoptando ropajes nacionales. A esto último le dedicamos la tercera sección donde recuperamos los avances de Juan Iñigo Carrera relativos a la especificidad nacional en el modo de producción

³ Vale recordar aquí el conocido debate marxista entre Hobsbawm y Nairn en el que, desde posiciones antagónicas, coinciden en señalar el fracaso del marxismo durante el siglo XX para comprender el problema nacional. Ver Hobsbawm, E., *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 2016, p. 101 y Nairn, T. "The modern Janus", *New Left Review*, 1975, vol. 94, no 1, p. 3-29.

⁴ Ver Mármora, Leopoldo, and Martí Soler. *El concepto socialista de nación*. Mexico City: Siglo XXI, 1986. Haupt, Georges, and Claudie Weill. "Marx y Engels frente al problema de las naciones. La cuestión nacional y la formación de los estados." *Cuadernos de pasado y presente*. 69, 1980; Bloom, Solomon F. *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*. Columbia University Press, 1941, entre otros.

capitalista⁵.

La cuestión nacional tiene importancia para nosotros en tanto nos interroga acerca de las determinaciones de una acción política unitaria con conciencia de clase, del internacionalismo proletario. De lo que se trata no es de abrir el marxismo a otras corrientes de pensamiento, como si la amplitud fuera un resguardo frente a la contradicción teórica, sino de explicar la conciencia nacional como forma concreta necesaria con que se organiza la práctica real de la clase obrera⁶. Por ello, señalamos en la última sección, las limitaciones que pudo tener el marxismo para pensar trayectorias nacionales no invalidan el hecho de que su análisis actual no pueda desarrollarse sino desde de un enfoque que supere el dualismo entre producción y formas de distribución del cual brotan las distintas formas ideológicas. Es decir, como continuación de la crítica de la economía política.

El problema de lo nacional

La nacionalidad surge como problema en el movimiento obrero cuando comienza a revelarse como fuente de diferencias que traban la unidad de acción. El productor de la sociedad capitalista está sujeto a una relación social de alcance universal, pero no se reconoce inmediatamente de tal modo. Frente a ello, la economía política no tiene mucho para decirnos. El pensamiento económico se desarrolla haciendo abstracción del productor y aunque llega a captar el carácter cosmopolita del capitalismo, lo hace a costa de presentar toda afirmación contradictoria como teniendo una existencia exterior y cuya realidad no le atañe. Sin embargo, no puede darles la espalda livianamente. El pensamiento liberal trata de abordar las nacionalidades enfocándolas desde la idea de utilidad, reflexionando en torno a su conveniencia. Así, oscila entre dos posiciones igualmente abstractas y sin poder explicativo: su repudio por tratarse de una forma de sumisión del individuo al colectivo⁷ o presentarla como fruto de la elección de los individuos sobre su propia cultura⁸.

En la conciencia nacional, el productor se define en un predicado que necesariamente debe abstraerse de su práctica concreta. Se es parte de la nación independientemente del trabajo concreto que se realice y de los vínculos personales que se tengan. Es una forma abstracta de pertenencia a medida de un sujeto que no está atado ningún trabajo concreto. Por su parte, el liberalismo intenta lidiar con las abstracciones del nacionalismo sin preguntarse por sus razones. Al fin y al cabo, el sujeto que asume el

⁵ Durante las últimas décadas, la preocupación por explicar el carácter netamente capitalista de la nacionalidad apareció en otros autores latinoamericanos que llegaron a presentar a la nación como “la encarnación del capital territorialmente determinada” Veraza, J.: *Luchar por la nación en la globalización*, Ed. Itaca, México, 2005, p. 17, que “resulta ser la más eficiente para la instalación del modo de producción capitalista” Zavaleta Mercado, R.: “Notas sobre la cuestión nacional en América Latina”, en *La autodeterminación de las masas*, S XXI-CLACSO, Bogotá, p. 358. Sin embargo, estos escritos no van más allá de plantear la subordinación de la nación al capital, pero sin profundizar en el consecuente problema de la especificación nacional que constituye el eje de nuestro trabajo. Invariablemente, no abordar el problema de la especificación conlleva a identificar la diversidad nacional ya no como una diferenciación propia del capital, sino como una generalidad cuyas manifestaciones específicas resultan de la convivencia con condiciones exteriores. O, como encontramos en Echeverría, que “tiene determinados ‘agregados’ particulares” Echeverría, B. “El problema de la nación (desde la crítica de la economía política).” *En Cuadernos Políticos, n° 29, México, 1981*, p. 12.

⁶ El carácter moderno de la nacionalidad fue objeto de preocupación de distintas corrientes de pensamiento. Fuera del marxismo se destacan las reflexiones de Gellner a quien citamos más adelante. En este trabajo nos centramos en el marxismo en la medida en que nuestro interés es contribuir a clarificar la discusión en torno al lugar de la conciencia nacional en la determinación de la clase obrera como sujeto político.

⁷ Véase Acton, J. E.: “Nationality”, en *The history of freedom and other essays*, Macmillan, London, 1907 y Popper, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Vo. 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985; entre otros.

⁸ Mill, J.S. *El gobierno representativo*. Libería de Victoriano Suarez, Madrid, 1878; Renan, E.: *¿Qué es una nación?*, Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882, ed. digital: Franco Savarino, recuperado en http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf; , 2004 y Tamir, Y., *Liberal nationalism*. Princeton University Press, 1995; entre otros.

liberalismo no es sino el mismo que asume la conciencia nacional. En cambio, para el marxismo, la nacionalidad persiste como un asunto que hace a la constitución de la clase obrera como sujeto político. No puede darla por supuesta, así como no puede dar por supuesto al sujeto de la acción política.

Una de las formas contemporáneas y más extendidas dentro del marxismo para referirse a la nacionalidad es desde el concepto de comunidad imaginaria, que nos remite al renombrado estudio de Benedict Anderson. Según este autor, el carácter imaginario de la nación obedece a que “aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”⁹. Se trata de un imaginario que se sustenta en narraciones que el capitalismo con sus imprentas y medios de difusión pudo darle alcance masivo. El estudio de Anderson se ordena en torno a la idea de que “las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas”¹⁰. Así, nos ofrece un análisis que pretende no perderse en un contenido opuesto a su forma, sino que se detenga en la descripción de las particularidades históricas de la forma misma. Sin embargo, la historización de formas de conciencia que se da la comunidad humana no nos previene de su naturalización si no se analiza las contradicciones implicadas en ellas. Dicho de otro modo, el análisis de lo nacional no puede detenerse en la mera presentación crítica de narrativas dadas, sin mediante ello naturalizar una narrativa alternativa. Anderson nos introduce en un mundo donde los imaginarios se sostienen a sí mismos bajando a la vida real de los hombres solo para difundirse. La historia es así una sucesión de imaginarios que subsisten separados de la práctica real de los productores.

El estudio Anderson reproduce una perspectiva que encontramos en otros marxistas recientes de renombre como Eric Hobsbawm¹¹. Se trata de abordajes que se inscribieron en lo que se conoce como el enfoque modernista de la nación, apuntando a desmontar los constructos subjetivos que nutren el pensamiento nacionalista. Sucede que el nacionalismo invariablemente se presenta como apelando a una nacionalidad que siempre estuvo allí. Se concibe a sí mismo surgiendo en la modernidad, pero como reacción frente a un mundo cambiante que, siguiendo a Fichte, anclado en el egoísmo no puede poner sus propios fines¹². El nacionalismo espiritualiza la nacionalidad presentándola como una forma de conciencia que despliega su propio camino emergiendo desde una supuesta conexión natural entre los hombres. En cambio, Hobsbawm busca explicar a la nación como creación desde arriba respondiendo a la necesidad inicial de centralización territorial de la clase capitalista. Así, se asegura que fue el nacionalismo quien inventó a la nación y no al revés¹³. Para ello, se sirve de nuevos imaginarios, que describe Anderson y la invención de tradiciones, como encontramos en Hobsbawm¹⁴. Pero estos enfoques tienen como contracara la irresuelta controversia en torno a los orígenes de la identidad que nutre al nacionalismo. Si la nación surge del nacionalismo, resta explicar el origen de las ideas nacionalistas. Transformado el asunto en una historia de ideas, no es de extrañar que el modernismo derive en perspectivas que descubren que, al fin y al cabo, las ideas modernas tienen su origen en épocas previas a la modernidad¹⁵. Pero pretender desmontar imaginarios nacionalistas sin dar con la

⁹ Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 23.

¹⁰ Anderson, B. *Op. Cit.*, p. 24.

¹¹ Hobsbawm, E.: Naciones y nacionalismo desde 1780, Barcelona. *Crítica*, 1991, vol. 18. y Hobsbawm, H. y Ranger, T.: La invención de la tradición, *Crítica*. Barcelona, 2002.

¹² Fichte, J.G.: Discursos a la nación alemana, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984, p. 50. En consecuencia, la realización de la vida espiritual, objetivo absoluto de la vida humana, demanda volver a la germanidad, reconocerse alemán, es decir, como manifestación de una naturaleza viva que desde formas originarias se abrió camino a través de todos los condicionamientos que encontró en su camino conformando un pueblo cuya unión nacional no se reduce al mero conocimiento de una lengua común, sino que dicho conocimiento es manifestación de ella. Fichte, J.G.: *Op. Cit.*, p. 98.

¹³ Hobsbawm, E., Naciones y nacionalismo desde 1870, *Op. Cit.*

¹⁴ Hobsbawm, H. y Ranger, T.: La invención..., *Op. Cit.*

¹⁵ Smith, Anthony D., *Op. Cit.*

práctica social que tiene a dichos imaginarios como forma de organizarse solo nos lleva a la construcción de otro imaginario. En esta línea autores como Davidson nos dicen que mientras la conciencia de clase tiene una “realidad material previa a la conciencia”, la conciencia nacional “surge a través de un proceso de construcción de intereses comunes imaginarios”¹⁶. Aquí lo que se afirma es que hay formas de conciencia que tienen base material y otras que no. Luego, la base material de la sociedad, la práctica real del productor de mercancías es dejada a un margen, como existencia exterior a la conformación de la propia nacionalidad. Sin embargo, solo se puede ser ciudadano de una nación en tanto se está liberado de relaciones de dependencia personal¹⁷. Las relaciones directas que crean la nacionalidad son realización de relaciones indirectas. Abstraerse de ello, reduciendo las relaciones económicas entre productores de mercancías al lugar de influencia exterior solo logra discutir las naturalizaciones del nacionalismo naturalizando la libertad del ciudadano. Lo que se logra es oponer una naturalización a otra. Pero la naturalización de la conciencia libre es piedra fundacional en la construcción de lo que se definió como imaginario nacional. En definitiva, mientras el nacionalismo asegura que la conciencia nacional constituye una unidad originaria que por sí misma abre su propio camino, el marxismo actual busca criticarla afirmando que es imaginación sin base objetiva. Es decir, confirmando que la conciencia nacional puede abrirse su camino su propio camino con independencia de toda base material. De este modo, se critica por un lado lo que se reproduce por el otro.

Volvamos entonces nuestra mirada a las expresiones más clásicas del problema surgidas en el contexto de la Segunda Internacional, puesto que, en definitiva, el “subjetivismo” que encontramos en las tendencias actuales surge intentando subsanar los límites del llamado “objetivismo” de la posición ortodoxa clásica del marxismo¹⁸. Es en Karl Kautsky donde los desarrollos de esta perspectiva en su expresión original y mejor fundamentada. Kautsky afirma certeramente que no podremos comprender la nacionalidad como si fuera producto artificial de periodistas y políticos, así como tampoco en las ideas nacionalistas sobre la ascendencia¹⁹. No es la mera centralización política por arriba en sí lo que explica la nacionalidad, afirma Kautsky, quien advierte que la centralización estatal despótica oriental no estaba a la cabeza de una vida nacional, sino que era expresión de comunidades indiferentes entre sí²⁰. La nación aparece surgiendo de una forma histórica específica de centralización, aquella que originalmente impulsa el capital comercial²¹. Ahora bien, la conformación del Estado nacional excede al interés del capital comercial y sirve de base para el desarrollo interno de relaciones de producción capitalistas. Pero si el capital necesita de la centralización territorial, ¿qué determinó los límites de ésta? ¿Por qué dicha centralización se detuvo en la afirmación de Estados diferentes y no en un Estado único? La respuesta kautskiana a este problema es que “el factor más importante y que influye de manera decisiva en la conformación de las naciones es aquel que representa el medio absolutamente necesario para que se establezcan las relaciones: la lengua”²². Así, “en la misma medida en que progresaba el desarrollo económico moderno, debió surgir y crecer entre todos aquellos que hablaban una misma lengua la tendencia a aunarse en un organismo estatal común; la tendencia a eliminar las barreras que separaban a los que hablaban la misma lengua, la tendencia a separarse de aquellos que

¹⁶ Davidson, Neil. *Nation-states: Consciousness and competition*. Haymarket Books, 2016, pp. 37-38

¹⁷ Carrera, J.L., “Acerca del carácter de la relación base económica - superestructura política y jurídica: la oposición entre representación lógica y reproducción dialéctica”, en Caligaris, G. y Fitzsimons, A.: *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 2012, p. 16.

¹⁸ Como vemos más adelante, el reducir la nacionalidad a una construcción imaginaria sin base objetiva tiene también sus antecedentes clásicos en marxistas como Luxemburgo o Strasser.

¹⁹ Kautsky, K. La nacionalidad moderna, en *Cuadernos de Pasado y Presente* n° 73, Siglo XXI, México, 1978, p. 109.

²⁰ Kautsky, K. La nacionalidad moderna, Op. Cit, p. 115.

²¹ “cuanto más grande y poderosa fuera la patria, tanto mayor el poder del comerciante en el extranjero y tanto mayores los beneficios que obtenía”, en Kautsky, K. La nacionalidad moderna, Op. Cit, p. 121.

²² Kautsky, K. La nacionalidad moderna, Op. Cit, p. 125.

hablaran una lengua distinta y con los cuales las relaciones se hacían difíciles o imposibles”²³. En otras palabras, la diversidad de lenguas preexistente sería aquello que explica la diversidad nacional.

Si “el Estado nacional es la forma que mejor responde a las condiciones modernas”²⁴, debemos entender que las formas subjetivas que hacen a la conciencia nacional viven en unidad con formas objetivas producidas por el propio desarrollo de dicha sociedad moderna. Pero afirmar que la división capitalista del trabajo requiere de cierta comunidad lingüística dentro del taller no es lo mismo que afirmar que la comunidad lingüística es condición preexistente necesaria para la cooperación sobre la cual se desarrolla la división capitalista del trabajo. Lo nacional debe ser reconocido en tanto forma histórica de afirmarse una relación social que en su desarrollo atraviesa momentos históricos particulares puestos por ella misma. Sin embargo, cuando el “objetivismo” kautskiano nos presenta esas formas, apenas atina a ponerlas como condicionamientos exteriores, como no engendradas por la misma sociedad que engendra la nación. En concreto, explicar la diversidad nacional como expresión de la diversidad de lenguas encierra numerosos problemas. Se trata de una perspectiva que apenas si puede captar superficialmente la división de naciones en Europa, difícilmente pueda explicar la formación de Estados nacionales en América. Pero incluso en los países clásicos fueron los Estados nacionales los promotores de la unificación lingüística dentro de su territorio. Es el propio Kautsky quien reconoce esto último señalando que mientras más no remontamos en el pasado mayor diversidad lingüística encontraremos²⁵ y que fue tarea del Estado nacional alcanzar la uniformidad lingüística de los territorios²⁶. Kautsky pone como causa de la nacionalidad lo que luego debe considerar como su consecuencia.

En la perspectiva kautskiana, el capital es presentado como una fuerza inmediatamente asimiladora, donde el valor atraviesa el aislamiento humano y conforma una cultura global, aunque demande todavía de “maestros nacionales”²⁷. Se trata de una cultura internacional, “pero las masas del pueblo, que no conocen más que una lengua, solo pueden participar de ella en la medida en que la cultura lingüística adopta un ropaje nacional. Los productos lingüísticos de la cultura internacional tienen que ser asimilados por los escritores nacionales y reproducidos, de modo tal de estar en condiciones de descender al pueblo, de ser reconocidos y asimilados por éste”²⁸. Siguiendo el razonamiento kautskiano, podemos afirmar que afianzar la cultura nacional es perderla porque lo nacional no tiene de dónde sacar sus elementos culturales que de una práctica cuyo contenido es mundial. En este sentido, Kautsky advierte que en los Estados de población mixta tiende a surgir una misma disposición hostil que busca la formación de Estados independientes²⁹. Esto debe ser leído como indicando que, si bien el auge del nacionalismo implicó luchas cruentas y el florecimiento de divisiones en todo el mundo, en todos los casos presentó un único resultado: la consolidación de la forma Estado nacional. En otras palabras, cuando todos terminan haciendo lo mismo es claro que el resultado está definido en una relación social que atraviesa a todos y no en las particularidades de cada uno.

Encontramos en Kautsky una perspectiva que reconoce al Estado nacional como momento necesario e ineludible en el desarrollo mundial del capital. Se trata de un enfoque que enfatiza en la potencia asimiladora del modo de producción capitalista. Sin embargo, la diversidad nacional llega a ser captada apenas como expresión de un subsistente aislamiento de los pueblos, pero nunca como algo que se afirma con su interacción. La forma Estado nacional se despliega en la medida en que asimila

²³ Kautsky, K. La nacionalidad moderna, Op. Cit, p. 126.

²⁴ Kautsky, K. La nacionalidad moderna, Op. Cit, p. 149.

²⁵ Kautsky, K., Nacionalidad e internacionalidad, en Cuadernos de Pasado y Presente n° 73, Siglo XXI, México, 1978, p. 133.

²⁶ Kautsky, K., Nacionalidad e internacionalidad, Op. Cit., p. 146.

²⁷ Kautsky, K., Nacionalidad e internacionalidad, Op. Cit., p. 143.

²⁸ Kautsky, K., Nacionalidad e internacionalidad, Op. Cit., p. 143.

²⁹ Kautsky, K., Nacionalidad e internacionalidad, Op. Cit., p. 147.

pueblos. La unidad aparecería sobreponiéndose a dicho aislamiento, pero en forma inmediata, mientras lo diferente vive en lo heredado todavía no superado. Pero poner la diversidad en estos términos es pensar que aquello que mantiene desunida a la sociedad es siempre preexistente al capital, como si la fragmentación de la clase obrera no fuera también necesaria en su desarrollo³⁰. En estos términos, la nación termina siendo reducida a una cosa, es decir, a una sumatoria de propiedades exteriores a la propia práctica humana presente, como mera subsistencia exterior al sujeto³¹; donde lo constitutivo de la particularidad nacional son propiedades que persisten por sí mismas, en abstracción de la relación capitalista, en una unidad primaria anterior al capital.

Pero cuando lo viejo se resiste a morir, debemos pensar si no es realmente parte de lo nuevo. La pregunta por la nación no encuentra respuesta sin analizar las determinaciones del sujeto con conciencia nacional. Se entiende entonces que la perspectiva kautskiana tenga su contracara en aquella que, como en el austromarxismo, plantea que la nación debe ser buscada en el propio sujeto. Sin embargo, al reducirlo a un *a priori*, solo reconoce la unidad de la diferencia a costa de definir como condición externa primaria la unidad en lugar de la diferencia.

Si bien no sería correcto presentar al austromarxismo como una corriente unificada, podemos reconocer en ella expresiones coherentes en torno a un concepto de nación que difieren de la mirada kautskiana. Para el austromarxismo, la comensurabilidad de Estado y nacionalidad aparecía como un principio irrealizable en las condiciones concretas del Imperio austrohúngaro. En Bauer y Renner encontramos críticas a la concepción de que la forma Estado nacional corresponde a una etapa necesaria e inevitable en el pasaje del modo de producción capitalista hacia la revolución socialista. El socialismo no implica la asimilación de la diversidad, nos dice Bauer, para quien “fueron enterradas todas las esperanzas de que una “revolución desde arriba” resolviera el problema de las nacionalidades austrohúngaras”³² y que la tarea que tiene por delante La Internacional “no es la nivelación de las particularidades nacionales, sino la promoción de la unidad internacional dentro de la diversidad nacional”³³.

Pero si la diversidad internacional es insuperable, ¿cuáles serían las bases de la unidad a lograr? El austromarxismo nos ofrece una solución ética. La nación no puede ser reducida a características consideradas objetivas, como la lengua o el territorio, sino, afirma Renner: “¿qué otro criterio puede haber para la pertenencia a una comunidad espiritual y cultural aparte de la conciencia de tal pertenencia?”³⁴. La comunidad nacional vive en el individuo, en su conciencia y la nación “es comunidad de vida intelectual y afectiva, o sea pura interioridad”³⁵. La cuestión nacional no puede ser tratada como principio territorial, sino como principio privado³⁶. Luego, “el principio de personalidad, y no el territorial, tiene que constituir el fundamento de la regulación”³⁷. Se trata de una perspectiva que propone darle a la nacionalidad un tratamiento legal similar al que ya tiene la religión³⁸.

³⁰ La base de esta fragmentación no es sino producto de las transformaciones que el propio capital impone en los procesos de trabajo. Para un análisis de la relación entre cambios en los procesos productivos y determinación de la división internacional del trabajo véase Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital: de la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2017, capítulo 7.

³¹ El concebir la nación como una yuxtaposición exterior de propiedades toma su forma más acabada en Stalin: “Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura”, ver Stalin, J. *El marxismo y la cuestión nacional*, en <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>

³² Bauer, O.: *The question of nationalities and social democracy*. U of Minnesota Press, 2000, p. 5.

³³ Bauer, O.: *The question of...*, Op. Cit., p. 18.

³⁴ Renner, K. (Synopticus), Estado y nación, en AA.VV., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera parte*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 73, México, 145-180, 1980, p. 152.

³⁵ Renner, K. (Synopticus), Estado y nación, Op. Cit., p. 157.

³⁶ Renner, K. (Synopticus), Estado y nación, Op. Cit., p. 159.

³⁷ Renner, K. (Synopticus), Estado y nación, Op. Cit., p. 160.

³⁸ Renner, K. (Synopticus), Estado y nación, Op. Cit., p. 161.

Pero reducir lo nacional al ámbito privado ¿no significa reafirmar la separación entre una esfera pública y una privada? En Marx, la religión pudo ser convertida en asunto privado recién cuando se reveló ya no como la esencia de la comunidad sino de la diferencia³⁹. Pero esta conversión no fue sino un desplazamiento. Siguió teniendo como base la separación de lo privado y lo público, donde la nacionalidad apareció ocupando el lugar de fuerza celestial secularizada. La conciencia nacional es forma mediante la cual el productor de mercancía concibe la unidad social como existencia separada respecto suyo. Por su parte, el austromarxismo nos señala que la política socialista respecto de la nacionalidad consiste en reproducir tal separación, como si la nación subsistiera por fuera de toda enajenación, como simple participación inmediata y sin rodeos en la cultura.

En estos términos, la conciencia nacional pareciera referirnos a una unidad de representaciones anterior a toda experiencia. La nación así entendida es interioridad pura. Su hábitat es la conciencia de los individuos separada de sus productos. La nacionalidad, en definitiva, no debe buscarse en las formas objetivadas de la propia conciencia, sino en su abstracta subjetividad. Lo conciencia nacional es la medida de todas las formas exteriores. Lo contrario, asegura Bauer, es pensar la comunidad humana como el encuentro accidental de quienes experimentan tales formas:

La idea de que las diferencias nacionales no son más que diferencias lingüísticas se basa en la concepción individualista atomista de la sociedad, en la que la sociedad aparece como la mera suma de individuos unidos externamente y, por lo tanto, la nación aparece simplemente como la suma de esas personas unidas por medios, es decir, por idioma⁴⁰.

En otras palabras, se afirma que las diversas formas de asociación humana presuponen su unión. La unidad de las conciencias no depende de las formas concretas de su asociación, sino que éstas presuponen la unidad de las conciencias. Como expone Max Adler, una de las principales influencias de Bauer:

La verdad con respecto al contenido no solo presupone lógicamente la compulsión de la conciencia individual en el sentido antes mencionado, sino que sería impensable como producto histórico, si no fuera porque la peculiar naturaleza del pensamiento humano, en virtud de la cual es tanto una conciencia separada e individual como también una manifestación de la conciencia general, constituye la base trascendental que hace posible la interacción y cooperación de los seres humanos en el proceso de alcanzar conocimiento de la verdad. Pues solo de esta forma lo que es intelectualmente necesario llega a ser universalmente válido, y hay así una comunidad de existencia humana con la que puede relacionarse toda conciencia individual, en su interrelación con las demás, como a una unidad que las abarca a todas. Si, por otra parte, el individuo, en su realidad histórica concreta, es considerado como algo a la vez anterior a la vida social, no hay forma posible de que alcance esta unión con sus congéneres sino considerándolo como sujeto y no como objeto. Es un error total (...) suponer que la unidad del vínculo social pueda producirse a resultas de la vida en comunidad de los seres humanos, como si ésta fuera una mera suma o integración de aquellos individuos (...) El verdadero problema de la sociedad no se origina en la asociación de un número de seres humanos, sino simple y exclusivamente en la conciencia individual⁴¹.

³⁹ Marx, K.: Sobre la cuestión judía, en Marx, K. y Bauer, B.: *Sobre la liberación humana*, Ediciones RyR, Buenos Aires, 2012, p. 187.

⁴⁰ Bauer, O. *The question of...*, Op. Cit., p. 112.

⁴¹ Adler, M. Kausalität und Teleologie, en Kolakowski, L.: *Las principales corrientes del marxismo*. Vol. 5. Madrid: Alianza Editorial, 1985, p. 263.

El austromarxismo nos dice que la unidad intersubjetiva de los seres humanos no depende de ningún tipo de asociación concreta. La unidad social es un *a priori* que permite pensar la interacción humana. No se constituye en la experiencia, por lo que no llega a ser concebida en su propio devenir a resultas de la vida en comunidad. Bauer retoma la concepción que nos remite a una unidad *a priori* y la reviste de un nombre: nación. Luego, la política nacional no puede ser entendida desde la inmanencia contenida en la forma nacional, puesto que se trata de una unidad primaria carente de toda inmanencia. En la política, la conciencia individual es causa, acción y efecto de sí misma⁴². En consecuencia, el austromarxismo concibió su política nacional como la formulación de regulaciones que habiliten al individuo a llevar una existencia más acorde con la unidad primaria que lo constituye.

Bauer afirma: “No tendría sentido preguntarse si la comunidad de carácter de clase es más fuerte que la comunidad de carácter nacional o viceversa. No existe un estándar objetivo para medir la fuerza de tales comunidades”⁴³. Las formas de conciencia no tienen como medirse sino en sí mismas. Luego, toda acción política resulta de un deber ser exterior: “La cuestión de si el trabajador alemán comparte más características con el burgués alemán o con el trabajador francés no tiene nada que ver con la cuestión de si la política del trabajador alemán debería basarse en la clase o en el ámbito nacional, si debería unirse con los proletarios de todos los países contra el capital internacional o con la burguesía alemana contra otros pueblos”⁴⁴. Bauer pretende alejarse del nacionalismo reconociendo que el carácter nacional es variable, puesto que la nación pertenece siempre a los vivos y no a los antepasados⁴⁵, pero la propia nación como forma de comunidad persiste y el socialismo no hace sino consumarla. La glorificación de la producción privada e independiente de mercancías termina en la separación absoluta de lo privado y lo público, donde la conciencia individual habita una interioridad inalterable y de lo que se trata es de que lo público se acomode a ella:

El Estado me comanda externamente; la nación vive dentro de mí, es la fuerza viva y efectiva de mi carácter, que está determinada por su destino. La nación aparece así como una estructura natural, el Estado como un producto artificial. Si el Estado tradicional ya no satisface las necesidades de la época —protección contra la amenaza de la dominación extranjera, la demanda de una región económica más extensa—, ¿qué podría ser más lógico que adaptar el producto artificial, el Estado, al producto natural de la historia humana, la nación, para hacer de la nación misma el sustrato del Estado?⁴⁶

Bauer buscó superar al marxismo desde una formulación que nos afirma que el sujeto con conciencia nacional es, en definitiva, una estructura natural. Llegado a este punto, carece de relevancia su denuncia acerca de que en el capitalismo “el trabajo de uno se transforma en la cultura de otro”⁴⁷, puesto que, en Bauer, el capital, la forma históricamente determinada del proceso de metabolismo social, no es más que una forma mediante la cual se confirma aquello que ya fue definido primariamente en la nación como unidad anterior a toda relación de producción. Luego, no es el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social el que toma forma concreta en la existencia de una vida nacional, sino que “el hecho de que hasta ahora ha sido posible que estas fuerzas productivas se desarrollen sólo en el contexto del capitalismo, sólo al servicio del capital, limita el acceso de las masas a la cultura de la nación; este hecho establece los límites del desarrollo de la comunidad nacional

⁴² Bauer, O. *The question of...*, Op. Cit., pp. 27-28.

⁴³ Bauer, O. *The question of...*, Op. Cit., pp. 21.

⁴⁴ Bauer, O. *The question of...*, Op. Cit., pp. 21, nota al pie 3.

⁴⁵ Bauer, O.: *The question of...*, Op. Cit., pp. 20-21

⁴⁶ Bauer, O.: *The question of...*, Op. Cit., p. 152.

⁴⁷ Bauer, O.: *The question of...*, Op. Cit., p. 86.

de cultura”⁴⁸. Es decir, mientras Kautsky presenta a la nación como una exterioridad sobre la cual avanza el capitalismo, Bauer presenta al capitalismo como una exterioridad sobre el cual avanza la nación.

En Bauer, la nación es un constructo subjetivo que cambia a lo largo de la historia, pero que constituye una unidad primaria. La acción obrera es presentada como extensión de la vida nacional⁴⁹, dejando a un lado el problema de la unidad mundial de las formas nacionales. Lo cual, demanda avanzar por sobre las apariencias que brotan de la propia nacionalidad. La nación se afirma a sí misma como una comunidad política donde la soberanía aparece formalmente emergiendo del pueblo. Su ideal es la autodeterminación conformándose en un Estado que la resguarde, donde la fuente de legitimidad no está portada en ningún individuo concreto. Es decir, se fundamenta en una concepción igualitarista de la soberanía política. Ese igualitarismo se traslada a la mirada del otro. En el ideal moderno de nacionalidad, el mundo no está dividido en un ordenamiento jerárquico de pueblos que se rinden tributo, sino en naciones autodeterminadas. Las Naciones Unidas logran expresar ese ideal de soberanía nacional, donde un país sumergido en la pobreza y con una economía precaria aparece formalmente como si contribuyera al orden mundial en los mismos términos que una potencia como Estados Unidos. Por la misma relación social que se abstrae de la individualidad de las personas relacionándolos como individuos iguales, las naciones aparecen así coexistiendo unas junto a otras en pie de igualdad. Se trata de una apariencia que subsiste de buena manera con las formulaciones de Otto Bauer. Pero si corremos el velo de las formalidades que alimentan los sueños de una comunidad internacional, nos enfrentamos a un mundo donde la forma nacional encubre una unidad jerárquica de procesos específicos de acumulación de capital. Encontramos en Lenin un mayor esfuerzo por pensar esta cuestión. Retomando el enfoque kautskiano como base, los escritos de Lenin apuntaron dar con la diferenciación nacional en tanto unidad diferenciada de naciones dentro del modo de producción capitalista.

Lenin y la autodeterminación nacional

“Quien espere la revolución social ‘pura’, no la verá jamás” señala Lenin en 1916⁵⁰. Según el líder bolchevique, la revolución socialista mundial es el resultado de un proceso de muchos años, compuesto por diferentes tipos de luchas, donde la clase obrera de cada nación debe desplegar un programa propio. El internacionalismo proletario no puede abstraerse de las diferencias nacionales pretendiendo una agenda inmediatamente común o mutuamente indiferente. Su base es el conocimiento de las diferencias existentes.

En la medida en que la acción política obrera tiene por delante la toma del poder del Estado no puede ser indiferente a la existencia de otros Estados nacionales. En consecuencia, el internacionalismo no puede dar la espalda a las diferencias nacionales, sino, sostiene Lenin, ser capaz de poner a los intereses de todas las naciones por encima de la propia⁵¹. Esta perspectiva lleva implícita una identificación de aquellos intereses nacionales que deben ponerse por delante. Debe distinguirse la

⁴⁸ Bauer, O.: *The question of...*, Op. Cit., pp. 85-86.

⁴⁹ No es de extrañar, por ello, que su obra haya encontrado cierta revalorización reciente entre marxistas gramscianos para quienes la acción política obrera se les aparece como disputa hegemónica por la nación. Ver Mármora, Leopoldo, and Martí Soler. *El concepto socialista de nación*. Op. Cit. Con Bauer tenemos un enfoque de lo nacional que, abstrayéndose del capital, se abstrae de la unidad mundial de las formas nacionales. La política obrera pareciera ser entonces el copamiento de la nación, así como en Gramsci, la superación del economismo, el sindicalismo y, en definitiva, del liberalismo, significa la formación de una “voluntad colectiva nacional popular”. Ver Gramsci, A.: *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5, Ediciones Era, 1999.

⁵⁰ Lenin, V. “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, en Lenin, Vladimir Il’ich, y C. Leiteizen. *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967, Moscú, p. 247.

⁵¹ Lenin, V. “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, Op. Cit., p. 242.

existencia de naciones cuyo desarrollo contienen un carácter progresivo en contraste con otras que no. Debe mostrarse la unidad de formaciones económicas nacionales heterogéneas. Es decir, debe darse una explicación de la diferenciación internacional del capital.

Si nos remontamos a sus escritos sobre el desarrollo ruso, nos encontramos con que Lenin concibe la particularidad nacional de dicho país en el modo que tomó el proceso de acumulación originaria de capital. Él encuentra la especificidad de Rusia en las formas de su atraso, que se miden por la presencia de instituciones precapitalistas que frenan la movilidad del campesino en descomposición. Su estudio se centra en contraponer desarrollo con ausencia de desarrollo, aunque, esto no equivale a analizar particularidades en el desarrollo⁵². Luego, conforme el populismo ruso perdía vitalidad política, las intervenciones de Lenin se orientaron a la controversia con otras expresiones de la socialdemocracia. Así, la cuestión de las especificidades nacionales reapareció en una dimensión que trascendía al excepcionalismo ruso y estaba directamente ligada al problema de la unidad internacional del capitalismo.

La posición de Lenin se desarrolla en polémica con dos frentes. Por un lado, contra aquella corriente que identificaba a ciertos países de Europa occidental como si fueran portadores en sí mismos del desarrollo general de las fuerzas productivas; lo que, se aseguraba, los hacía merecedores de que la Socialdemocracia defendiera sus intereses nacionales particulares. Por otro lado, aquella corriente que identificaba a toda reivindicación nacional como si no fuera portadora de progreso alguno.

En la primera perspectiva, denominada revisionista, la acción política de la clase obrera se confunde con la defensa de ciertos espacios nacionales concretos, que invariablemente se trata de los países clásicos de occidente. Es decir, la expansión del capital fuera de estos espacios nacionales no los confirma como formas específicas de un desarrollo que los trasciende, sino que se los presenta como conservando su capacidad de representar las potencias generales del capital; mientras que los nuevos países no son sino la recreación de momentos ya superados en la forma clásica. De aquí que Bernstein afirmara que: “La libertad de alguna nación insignificante fuera de Europa no puede ser equiparada al desarrollo de las grandes naciones europeas”⁵³. La unidad mundial es así reducida al encuentro de naciones que se determinan a sí mismas y cuya diversidad es de grado. La segunda perspectiva, donde se destaca Luxemburg, impulsa una acción inmediatamente internacionalista que debe ubicarse por encima de todo interés nacional. Su posición se sustenta en la idea de que la forma Estado nacional ya se encuentra perimida: “lo que mejor responde a las necesidades de la explotación capitalista no es el Estado nacional, como supone Kautsky, sino el Estado imperialista”⁵⁴. Así las cosas, defender la autonomía nacional constituye invariablemente una “tentativa desesperada y, desde un punto de vista histórico, reaccionaria”⁵⁵ puesto que la nación solo subsiste como un mero concepto burgués a revisar⁵⁶, como una máscara ideológica que se sostiene en la relativa autonomía de la superestructura⁵⁷.

Los enfoques marxistas en torno a esta cuestión se definen en el modo de concebir el lugar de lo nacional en un programa universal. En la formulación llamada revisionista, el pasaje implica un desarrollo evolutivo del capitalismo en las diferentes naciones donde cada una parece estar llamada a replicar las formas preestablecidas por occidente y el programa socialista se realiza en la preservación de formas democráticas que aseguren la coexistencia multicultural entre ellas. Así, pareciera ser que el

⁵² Dachevsky, F. G.: "Lenin y la especificidad nacional en el capitalismo. Análisis de sus escritos económicos sobre Rusia." *Izquierdas* 46, 2019, pp. 162-193.

⁵³ Bernstein, E.: “La socialdemocracia alemana y los conflictos turcos”, en AA.VV.: *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente n° 73, México, 1978, pp.48-49.

⁵⁴ Izquierdo, M.P (comp.): Rosa Luxemburg. Textos sobre la cuestión nacional, Ediciones de la Torre, Madrid, 1977, p. 110

⁵⁵ Izquierdo, M.P (comp.): Op. Cit, p. 115.

⁵⁶ Izquierdo, M.P (comp.): Op. Cit, p. 116.

⁵⁷ Luxemburg, R.: The national question, disponible en <https://www.marxists.org/archive/luxemburg/1909/national-question/index.htm>.

capital ya no es mundial por su contenido y nacional por su forma, sino que es capaz de desarrollar todas sus potencias en el marco de cada nación. Luego, el desarrollo de las fuerzas productivas sociales aparece condicionado exteriormente por un acervo cultural destinado a prevalecer. En consecuencia, la nación aparece como algo exterior al capital, como un hecho ahistórico. Por su parte, en el enfoque internacionalista, el problema nacional se lo resuelve evitándolo. Se reconoce que las naciones surgen originariamente como expresión del desarrollo del capitalismo, pero su vigencia pareciera deberse a un asunto abstractamente ideológico. La superación de la fragmentación internacional de la clase obrera tiene como único límite que los obreros decidan dejar de ser engañados por la burguesía. O, como explicita Joseph Strasser desde un internacionalismo no menos abstracto: “el sentimiento nacional no es más que habitualidad que se sostiene por pereza mental”⁵⁸. De esta manera, quiénes más radicalmente dicen defender los intereses de la clase obrera, la terminan vaciando de potencia puesto que, en definitiva, ésta no sería más que un sujeto que se deja engañar. Pero sucede que no es posible afirmar que las ideas de nacionalidad son ajenas a la clase obrera sin también afirmar que el no poder desprenderse de las mismas es lo que la mantiene en su condición de clase explotada. Es decir, aquellas ideas que son ajenas a su realidad material serían las que, casualmente, organizan su vida material. En definitiva, se termina afirmando que aquello que es ajeno a la clase obrera es lo más propio de ella.

La fragmentación internacional de la clase obrera nos refiere al modo con que se organiza su práctica en tanto productora de mercancías. Lo cual, se manifiesta en la propia fragmentación internacional de los partidos socialdemócratas. Se trata de una forma concreta del desarrollo del capitalismo que debe ser explicada y la perspectiva de Lenin nace tratando de dar cuenta de esta cuestión. Siguiendo a Lenin, podría afirmarse que las perspectivas antes señaladas, aunque opuestas entre sí, se abstraen de la existente unidad jerarquizada de naciones. Las naciones existen y la lucha política se plantea en términos nacionales. En consecuencia, el proyecto universal que constituye el socialismo no puede abstraerse de ello sin caer en una forma de nacionalismo. En la perspectiva revisionista se caería en una forma de nacionalismo que explícitamente pone por delante los intereses de ciertos países. En el segundo caso, se trataría de un discurso que, aunque internacionalista por su forma, tiene al nacionalismo de las llamadas naciones opresoras por contenido, en la medida en que falla en reconocer el carácter progresivo de las luchas de las llamadas naciones oprimidas⁵⁹.

Es importante marcar que, en el ejercicio de clarificar en qué consiste esta jerarquización de naciones, Lenin no abandona la perspectiva desde la cual había analizado anteriormente el caso ruso. Opuesto a todo enfoque estancacionista, que pretenda disolver lo nacional en una agenda inmediatamente internacional y socialista, buscó presentar las luchas nacionales como formas necesarias en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad:

El quijotismo y los suspiros estériles existirían si los socialdemócratas dijese a los obreros que la salvación puede encontrarse al margen del capitalismo. Pero nosotros no decimos eso. Nosotros decimos: el capital los devora, devorará a los persas, devorará a todos y seguirá devorando hasta que no lo derroqueís. Esa es la verdad y no olvidamos agregar: solo en el crecimiento del capitalismo está la garantía de la victoria sobre él⁶⁰.

El programa leninista de autodeterminación nacional no se plantea lograr la coexistencia de naciones, ni a salvar los particularismos existentes del avance del capitalismo y “no equivale al reconocimiento de la federación como principio”⁶¹ y, sostiene, “no somos en modo alguno partidarios

⁵⁸ Strasser, Josef. "El obrero y la nación." *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial (Segunda parte)* (1912), p. 220.

⁵⁹ Lenin, V.: “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, Op. Cit.

⁶⁰ Lenin, V.: “Carta a Maxim Gorki”, en Op. Cit., p. 52.

⁶¹ Lenin, V. “La Revolución Socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, Op. Cit., p. 158.

incondicionales de naciones indefectiblemente pequeñas; existiendo las demás condiciones de igualdad, estamos incondicionalmente a favor de la centralización⁶². La clave aquí es que, en Lenin, la autonomía nacional no es contradictoria con la centralización de las naciones. El programa de autonomía nacional tampoco debe ser entendido como un mero engaño para sumar movimientos nacionalistas a la causa socialdemócrata. Por el contrario, la autonomía nacional es un momento necesario en la centralización internacional⁶³. Centralización que es potencia del desarrollo capitalista mientras que “la resistencia a la política colonialista y al saqueo internacional mediante la organización del proletariado, mediante la defensa de las libertades para la lucha proletaria no demora el desarrollo del capitalismo, sino que lo acelera”⁶⁴.

Desde sus primeras intervenciones contra el populismo ruso, Lenin enfatiza en que el programa socialista no constituye una respuesta inmediata a un colapso, sino que progresa con un programa democrático⁶⁵. En este punto, lo que diferencia a Lenin de las perspectivas revisionistas no es un menor compromiso con el programa democrático, sino el reconocimiento del sujeto capaz de impulsarlo. Ya en 1894 Lenin planteaba que lo específico de la época era que la clase capitalista había perdido impulso progresivo y que el desarrollo del capitalismo colocaba al partido socialdemócrata a cargo de esa tarea⁶⁶. Luego, no hace más que generalizar esta idea reconociendo a las diferentes variantes nacionales de la socialdemocracia como quienes deberán personificar el progreso del capitalismo hasta sus límites:

El proletariado internacional hace retroceder [технит⁶⁷] al capital de dos maneras: de un lado, transformándolo de octubre⁶⁸ en democrático y, de otro, expulsando de su país al capital octubre y transfiriéndoselo a los salvajes. Y eso amplía la base del capital y acerca su muerte. En Europa casi no existe ya el capital octubre; casi todo el capital es democrático. El capital octubre se ha trasladado de Inglaterra y Francia a Rusia y Asia. La revolución rusa y la revolución en Asia es la lucha para desplazar al capital octubre y sustituirlo por el capital democrático. Pero el capital democrático es el último hijo del capitalismo. No tiene a dónde ir. Está perdido...⁶⁹.

Lenin no se posiciona desde un supuesto bloqueo al desarrollo del capitalismo, sino desde el problema de las formas políticas que deberán personificar dicho desarrollo. Aunque no deja presentarlas de manera exterior al capital, como si presionaran desde fuera, lo cierto aquí es que, contrario a representaciones comunes dentro del marxismo, Lenin no concibe al problema nacional de manera significativamente distinta al modo con que Marx trataba el conocido caso de la India. El programa proletario sigue teniendo como base impulsar el capitalismo entre los “salvajes”⁷⁰.

⁶² Lenin, V.: “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, Op. Cit., p. 128.

⁶³ Page, S.: “Lenin and Self-Determination”, The Slavonic and East European Review, Vol. 28, No. 71, 1950, pp. 342-358.

⁶⁴ Lenin, V.: “Carta a Maxim Gorki”, en Op. Cit., p. 52.

⁶⁵ Lenin, V.: El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación, tomo 23, Akal, Madrid, p. 1977.

⁶⁶ Lenin, V.: “¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?”, *Obras completas. Tomo I*, Madrid, Akal Editor, 1975.

⁶⁷ En la versión original en ruso no está la idea de retroceso. Una traducción más precisa es acosar o presionar. Ver Lenin, V. Polnoe sobranie sočinenij Tom 48 Pis'ma: janvar' - maj 1911 g. Istočnik: <https://leninism.su/works/87-tom-48/362-pisma-yнвар-may-1911.html>

⁶⁸ El octubreismo nace haciendo honor al Manifiesto de Octubre emitido por Nicolás II ante los acontecimientos de 1905. Se trata de una corriente política que buscaba defender los intereses del capital industrial y agrario sin dejar de mantener un pleno apoyo al zarismo.

⁶⁹ Lenin, V.: “Carta a Maxim Gorki”, en Op. Cit., p. 53.

⁷⁰ Pocos marxistas suelen reconocer este aspecto de la perspectiva leninista de la cuestión nacional. Una excepción la encontramos en Astarita, R.: “Lenin, sobre dependencia y liberación nacional.” *La balsa de piedra: revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea*, n° 8, 2014, pp. 6-13.

En Lenin, la llamada cuestión nacional está enfocada en el avance del capital sobre el viejo régimen. Su énfasis está en plantear que la clase capitalista, que supo movilizar al pueblo contra las clases precapitalistas, ya no puede hacerlo más. En consecuencia, en la nueva etapa, llamada imperialista, no deja de estar vigente la forma nacional, lo que cambia es el sujeto que la impulsa puesto que la clase capitalista de occidente perdió la capacidad de avanzar sobre el viejo régimen mientras establece alianzas con fuerzas reaccionarias de Asia impidiendo el pleno desarrollo del capital en esa región⁷¹.

En síntesis, Lenin reconoce que el nuevo mundo se encuentra dividido en tres clases de países: 1) los avanzados, que incluyen a Europa occidental y Estados Unidos, donde los movimientos nacionales progresivos están agotados; 2) los de Europa del Este, donde los movimientos nacionales ya se han desarrollado en los comienzos de siglo XX y 3) las semicolonias y colonias de Asia, principalmente, donde estos movimientos recién comienzan⁷². Así, la unidad mundial en el enfoque leninista aparece como una combinatoria de distintos grados de desarrollo, donde si bien se reconocen trayectorias nacionales diferentes, parecieran cada una contener la capacidad de alcanzar un mismo destino genérico dentro del capitalismo, de mediar ciertas formas políticas. En otras palabras, Lenin no llega a reconocer una diferenciación nacional específicamente capitalista, sino una diferenciación que se explica desde lo heredado por los viejos regímenes, sobre los cuales el capitalismo avanza bajo las condiciones antes mencionadas. Este enfoque evidencia sus límites cuando Lenin se enfrenta a formas diferentes pero que reconoce como plenamente desarrolladas, puesto que no logra reconocerles ninguna especificidad, sino apenas condenarlas en tanto desviaciones. Nos referimos a aquí al tratamiento que hace de la clase obrera de los países de occidente.

Desde sus controversias con el populismo, Lenin pone énfasis en mostrar a la clase obrera como un sujeto con atributos políticos particulares determinados por el capital. Solo el obrero de la gran industria, sostiene en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, puede proponerse la planificación centralizada de la producción, superando la anarquía capitalista⁷³. Esto lo lleva a concluir que, a pesar de ser numéricamente inferior al campesinado, la clase obrera se conforma en un sujeto político dirigente. Pero Lenin contrapone al campesinado con un obrero genérico que no tendría mayor especificidad en Rusia, ni cuyas fragmentaciones internas parecen ser significativas en su acción política. El peso de sus argumentos sobre la especificidad rusa está puesto en la caracterización de lo precapitalista que determina las formas concretas con que avanza la acumulación originaria⁷⁴. Las consecuencias de este enfoque se aprecian cuando avanza en el análisis internacional. Sucede que allí Lenin no puede simplemente repetir las conclusiones del caso ruso. Su polémica no es ya con distintas versiones del populismo asiático, sino que con otras tendencias de la socialdemocracia. Si el populismo podía ser representado como expresión política de un campesinado en decadencia, no así las tendencias rivales dentro del marxismo. La socialdemocracia y el marxismo son manifestaciones de la clase obrera y sus divergencias deben ser reconocidas como expresión de una fragmentación al interior de una clase que es atributo pleno del capital. En consecuencia, cuando Lenin traslada su mirada de lo nacional al análisis de la unidad mundial debe ofrecer una explicación a la propia fragmentación política internacional de la clase obrera en tanto sujeto político. Allí es donde se pone en evidencia la debilidad del enfoque kautskiano retomado por Lenin. En sus escritos sobre la cuestión nacional, Lenin presenta a la etapa imperialista como una fase en la que el desarrollo del capitalismo en países de Asia se ve limitado por la acción de los países capitalistas de occidente con la participación necesaria de la socialdemocracia de estos últimos países. Lenin retoma entonces la noción de aristocracia obrera como forma desviada de

⁷¹ Lenin, V.: “La Europa atrasada y el Asia avanzada”, en Op. Cit., pp. 88-89.

⁷² Lenin, V.: “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, Op. Cit.

⁷³ Lenin, V.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Moscú, Progreso, 1950.

⁷⁴ Dachevsky, F.: Op. Cit.

una clase obrera normal, que avalaría la explotación de los países oprimidos participando en parte del plusvalor allí extraído⁷⁵. Es decir, cuando Lenin tiene que dar cuenta de otras corrientes de la socialdemocracia no puede hacerlo en tanto expresión del desarrollo diferenciado del capital, sino como desviación de lo que debiera ser su curso normal. En definitiva, cuando finalmente el leninismo se enfrenta a la fragmentación internacional de la clase obrera, no puede explicarla y no hace otra cosa que condenarla por no ajustarse a un ideal de normalidad que, casualmente, excluye al capital normal, es decir, al capital medio radicado en los países clásicos⁷⁶.

En su avance sobre los problemas específicos de la llamada etapa imperialista, la perspectiva de Lenin deja intactos los problemas que señalamos en el enfoque kautskiano de la nación. Solo que los termina de poner de manifiesto al enfrentarse a una diferenciación alimentada por el propio desarrollo del capital. De esta manera, la pregunta por la fragmentación de la clase obrera en naciones quedó encerrada entre dos perspectivas contrapuestas, pero alternativas, donde la unidad de lo distinto aparece en ellas como unidad o como distinto, pero sin superar la dualidad.

Unidad mundial y especificación nacional

Analicemos entonces qué significa que el capital sea una relación social nacional por su forma, pero mundial por su contenido⁷⁷. La unidad mundial del capital precede a toda afirmación nacional. Se trata de una determinación inmanente a las relaciones sociales organizadas por el valor. Así, nos dice Marx que “el dinero es inmediatamente la comunidad, en cuanto es la sustancia universal de la existencia para todos, y al mismo tiempo el producto social de todos”⁷⁸; “pero como moneda pierde también su carácter universal, para asumir uno nacional, local (...) recibe un título político y habla por así decirlo una lengua distinta en los distintos países”. El dinero no tiene determinación geográfica. Es mercancía omnipresente⁷⁹. El dinero mundial es premisa histórica del modo de producción capitalista. Luego: “en los diversos uniformes nacionales que visten al oro y la plata acuñados en monedas y sellos que en el mercado mundial se despojan, se nos revela el divorcio entre las órbitas interiores o nacionales de la circulación de mercancías y la órbita genérica del mercado mundial”⁸⁰.

Así como el dinero se desarrolla convirtiéndose en dinero mundial, se desarrolla el cosmopolitismo latente en productor de mercancías. El espejo donde el productor de mercancías ve afirmar su identidad no es sino otro productor de mercancías⁸¹. En tanto productores de mercancías nos identificamos con quienes nos identifican como productores de mercancías. Mientras, la mercancía se desenvuelve por encima de cualquier barrera religiosa, política, nacional y lingüística. O, como señala Marx:

Su lengua general es el precio y su comunidad es el dinero. Pero con el desarrollo del dinero mundial en contraposición a la moneda nacional se desarrolla el cosmopolitismo del poseedor de mercancías como credo de la razón práctica, en contraposición a los prejuicios tradicionales de orden religioso, nacional, y otros, que inhiben el proceso

⁷⁵ Lenin, V.: “El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional”, en *Obras completas. Tomo 23*, Akal, Madrid, 1977.

⁷⁶ Para una definición de capital medio, ver Carrera, J.I.: *El capital...*, Op. Cit.

⁷⁷ Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto del Partido Comunista*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1974, p. 48.

⁷⁸ Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857 – 1858. Tomo 1*, Siglo XXI editores, México, p. 161.

⁷⁹ Marx, K., *Elementos fundamentales...*, Op. Cit., p. 164.

⁸⁰ Marx, K.: *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo 1*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 83.

⁸¹ “Al hombre le ocurre en cierto modo lo mismo que a las mercancías. Como no viene al mundo provisto de un espejo ni proclamado filosóficamente, como Fichte: “yo soy yo”, solo se refleja, de primera intención, en un semejante. Para referirse a sí mismo como hombre, el hombre Pedro tiene que empezar refiriéndose al hombre Pablo como su igual. Y al hacerlo así, el tal Pablo es para él, con pelos y señales, en su corporeidad paulina, la forma o manifestación que reviste el género hombre”. Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., p. 19.

metabólico de la humanidad⁸².

La superación práctica de toda subdivisión humana es producto histórico con que el capital avanza transformando atributos subjetivos del productor de mercancías. Se trata de un proceso que arranca históricamente transformando al productor dependiente de relaciones personales en un sujeto doblemente libre: libre de vender su fuerza de trabajo en el mercado por estar liberado de los medios de producción. Ni el dinero, ni la mercancía, ni los bienes de consumo o de producción son de por sí capital, sino que necesitan convertirse en capital. El capitalismo presupone un proceso histórico de conversión, es decir, de acumulación originaria, que no es resultado sino premisa histórica del capital⁸³. Lo cierto, señala Marx, es que el capital lleva inscripto desde su génesis histórica la marca del “pecado original”⁸⁴. La representación económica del capital identifica en la propiedad privada el fruto del propio trabajo, pero el capital no surge como afirmación simple de esta propiedad privada, sino como su negación, desarrollándose como apropiación privada del trabajo ajeno. Proceso que solo puede arrancar tomando forma en una acción directa y violenta. Por ello, el capital se abre paso originariamente desde la acción directa de unidades políticas preexistentes capaces de motorizar dicho proceso y que terminan conformando espacios de acumulación de capital. De aquí la apariencia de que es el nacionalismo quien crea la nación.

Para el momento en que Marx escribe *El Capital*, “en el occidente de Europa, cuna de la economía política, el proceso de la acumulación originaria se halla ya, sobre poco más o menos, terminado. En estos países, el régimen capitalista ha sometido directamente a su imperio toda la producción nacional”⁸⁵. Situación que él contrasta con la de las colonias, donde todavía se revela el antagonismo entre dos sistemas de producción: la propiedad privada basada en la apropiación del trabajo ajeno debe todavía abrirse paso sobre la propiedad privada basada en el trabajo propio⁸⁶. En los dos casos, es el proceso de acumulación originaria el que conforma los ámbitos de acumulación de capital que reconoce Marx. En los países clásicos sobre la base de las unidades estatales precapitalistas; en las colonias no puede sino replicar una y otra vez el pecado original desde formas políticas nuevas impuestas desde los países clásicos. Lo importante aquí es que la unidad mundial capitalista no brota espontáneamente en todo el mundo, sino que se expande inicialmente desde la acción de los países de Europa occidente, fundamentalmente Inglaterra. Esto significa que, en su etapa originaria, el desarrollo de la unidad mundial aparece coincidiendo con la acción de un grupo limitado de países. Los cuales, no aparecen todavía formas específicas de un desarrollo general, sino que el desarrollo general es portado por ellos. Esto sería así, siguiendo a Marx, por haberse convertido en espacios donde el régimen capitalista sometió bajo su imperio a toda la producción.

En este desarrollo, la forma nacional aparece en Marx reservada para aquellos ámbitos que puedan desplegar dichas determinaciones generales: Europa occidental. La propia idea de pueblos con o sin historia, de naciones revolucionarias y contrarrevolucionarias, que encontramos en diversos textos de Marx y Engels, no hacen sino presentar a los ámbitos nacionales como espacios lo suficientemente importantes para que el capital todavía pueda desplegar la generalidad de sus potencias en su interior⁸⁷.

⁸² Marx, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI editores, México, p. 143.

⁸³ Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., pp. 607-608.

⁸⁴ Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., pp. 607.

⁸⁵ Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., pp. 650.

⁸⁶ En consecuencia, advierte Marx, en el capítulo final de *El Capital*, “en los países viejos y civilizados, el obrero, aunque libre se halla sometido por ley natural al capitalista; en las colonias, no hay más remedio que crear esta sumisión aplicando remedios artificiales”, Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., pp. 655.

⁸⁷ De aquí el rechazo a los reclamos de autodeterminación de las llamadas naciones sin historia. Esta cuestión fue analizada en el conocido trabajo de Rosdolsky. Ver Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia: la cuestión de las nacionalidades en la revolución de 1848-1849*, Pasado y presente, México, 1980. Sin embargo, Rosdolsky reduce el problema a un asunto de influencias intelectuales sin analizar el contenido mismo de la forma nacional en su proceso de especificación.

La nacionalidad aparece entonces como una fuerza organizadora inherente al surgimiento de la producción capitalista. Por ello, en Marx y Engels los particularismos nacionales son considerados como restos tendientes a ser eliminados conforme dicho desarrollo barra con los resabios preexistentes⁸⁸. La diferenciación del mundo en naciones, la propia existencia de particularidades nacionales nos remite todavía a las formas con que el capital se abrió paso en las diferentes regiones del planeta en el seno de sociedades precapitalistas.

Marx llega a reconocer la unidad mundial de las formas nacionales en el sentido de que éstas no solo no pueden hacer su propio desarrollo, sino que ni siquiera pueden replicar el desarrollo de otras. No es necesario esperar a los conocidos escritos tardíos de Marx sobre la comuna rusa para dar con esta perspectiva. En sus tempranos trabajos referidos a Alemania, Marx ya advierte que las naciones contribuyen a un desarrollo general que las excede:

Lo que las naciones han hecho como naciones, lo han hecho por la sociedad humana; todo su valor consiste únicamente en el hecho de que cada nación ha logrado en beneficio de otras naciones uno de los principales aspectos históricos (una de las principales determinaciones) en el marco del cual la humanidad ha logrado su desarrollo y, por lo tanto, después de la industria en Inglaterra, la política en Francia y la filosofía en Alemania se han desarrollado, se han desarrollado para el mundo, y su significado histórico-mundial, como también el de estas naciones, ha llegado a su fin⁸⁹.

La nacionalidad es, al mismo tiempo, una forma particular de enfrentarse a la relación social general capitalista. Los ingleses se destacan en la industria, los franceses en la política y los alemanes en la filosofía. Se trata de una apreciación que Marx repite en otras oportunidades y que expresa el pensamiento marxiano referido a las diferencias nacionales. Se trata de una formulación que nos remite a la idea de maestros nacionales que recupera Kautsky y que evidencia la existencia formas distintas con que la conciencia enajenada del productor de mercancías logra referirse a lo mismo:

La igualdad no es otra cosa que la traducción francesa, es decir, política, del alemán yo = yo. La igualdad como *fundamento* del comunismo es su fundamentación *política* y es lo mismo que cuando el alemán lo funda en la concepción del hombre como *autoconciencia universal*. Se comprende que la superación de la enajenación parte siempre de la forma de enajenación que constituye la potencia *dominante*: en Alemania, la *autoconciencia*; en Francia, la *igualdad* a causa de la política; en Inglaterra, la necesidad *práctica*, material, real que sólo se mide a sí misma⁹⁰.

La subdivisión del mundo en naciones nos revela que la clase obrera no se enfrenta a su relación social general de manera directa, sino fragmentada. Distintas formas de enfrentarse a esa relación social general constituyen distintas formas subjetivas de referirse a la propia enajenación. Podría afirmarse que los espacios nacionales tienen una misma raíz genérica, pero en ellos se reproducen subjetividades que unilateralizan formas particulares de la relación social general.

Marx nos expone las determinaciones generales de la forma nacional concebida en el momento

⁸⁸ Quien lea el Manifiesto del Partido Comunista no se encontrará con la imagen de un mundo que se encaminaría hacia la Primera Guerra Mundial, sino con uno donde “ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales” Marx, K. y Engels, F.: Manifiesto..., Op. Cit., pp. 73-74.

⁸⁹ Marx, K.: “On Friedrich List’s Book *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*”, en *Marx and Engels Collected Works*, n° 4, Lawrence & Wishart, 2010, p. 281.

⁹⁰ Marx, K.: Manuscritos: economía y filosofía, Altaya, Buenos Aires, 1997, p. 168.

originario del modo de producción capitalista. Por ello, en Marx, la nacionalidad está todavía limitada a expresiones de un desarrollo genérico sobre condiciones precedentes. O, en otras palabras, las naciones no tienen por delante sino el contener un desarrollo genérico hasta su disolución como naciones. Así, aunque Marx nos advierta que Inglaterra, la nación más avanzada, no explica la historia económica de las distintas naciones, pareciera darles una imagen de su futuro. Se trata de un horizonte que se vislumbra tanto en sus reflexiones tempranas sobre la colonización en la India como en sus escritos tardíos sobre Irlanda, donde lo que cambia son las formas políticas encargadas de impulsar dicho desarrollo. En definitiva, como advierte Bloom, en Marx y Engels la diversidad nacional se limita todavía a identificar la existencia de múltiples pueblos que sostienen diferentes entornos medioambientales que los hacen más o menos aptos para la producción capitalista⁹¹. La subdivisión humana hace así referencia enteramente a condiciones precedentes a la relación capitalista desde las cuales se absorben desarrollos ya realizados en países más avanzados. Ya en la primera oración de *El Capital* se nos dice que la mercancía es la forma que toma la riqueza social en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista⁹². Es decir, en el capitalismo de *El Capital* no impera en una sociedad diferenciada en naciones sino en sociedades distintas. Hay sociedades capitalistas.

Las limitaciones de Marx y Engels para llegar a un concepto actual de lo nacional fueron advertidas por numerosos autores que pusieron énfasis en distintos aspectos del problema. Pero la cuestión aquí no es advertir la posible influencia del cosmopolitismo de la época⁹³, el haber tomado la Revolución Francesa como modelo general⁹⁴, el haber subestimado las potencialidades de las llamadas naciones sin historia⁹⁵, ni el anteponer las contingencias de lo político frente a las leyes económicas⁹⁶. Mejor que especular sobre un mundo de ideas que se influyen a sí mismas es indagar en qué medida el conocimiento de lo nacional nos habla de lo que el propio capital hace con las naciones. ¿De dónde puede surgir la apariencia de que las naciones portan un mismo destino genérico por delante sino del hecho de que en su momento histórico inicial el desarrollo genérico estuvo portado en determinadas naciones? Como advierte Carrera, el proceso mundial de acumulación de capital no arranca tomando tal forma concreta inmediata, sino que como la confluencia de espacios nacionales que pugnan por desarrollar en su interior la generalidad de las mercancías que consumen⁹⁷. De aquí surge la apariencia de tratarse de unidades íntegras de capital social, no de fragmentos que en su lucha por afirmar su independencia chocan entre sí⁹⁸. Luego:

En este curso de reproducirse a sí mismos con una potencialidad multiplicada a través de desarrollar la unidad mundial del proceso de acumulación de capital, los procesos nacionales de acumulación en cuestión engendran a otros nuevos. No lo hacen precisamente para determinarlos como nuevos competidores que se erijan ellos también en los sujetos activos de la conformación del mercado mundial. Por el contrario, lo hacen para que amplíen la potencialidad de esos mismos viejos sujetos activos que los han engendrado. Esta diferenciación resulta particularmente expresiva de que la determinación originaria, por la cual la unidad mundial surgió como resultado del movimiento autónomo

⁹¹ Bloom, Solomon F. *The world of nations*, Op. Cit., p. 14.

⁹² Marx, K.: *El capital...*, Op. Cit., p. 3.

⁹³ Traverso, Enzo, and Michael Löwy. "The Marxist Approach to the National Question: A Critique of Nimni's Interpretation." *Science & Society* 54.2, 1990, pp. 132-146.

⁹⁴ Mármora, L.: *El concepto socialista de nación*. Op. Cit.; Aricó, J.: *Marx y América Latina*, Catálogos, Buenos Aires, 1988.

⁹⁵ Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema...*, Op. Cit.

⁹⁶ von Braunmühl, C.: "El análisis del Estado nacional burgués en el contexto del mercado mundial. Un intento por desarrollar una aproximación metodológica y teórica." *Bonnet, A. y Piva, A (comps.) Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.

⁹⁷ Carrera, J. I. *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imagomundi, Buenos Aires, 2008, p. 148.

⁹⁸ Carrera, J.I.: Op. Cit., p. 149.

de los procesos nacionales de acumulación, se está invirtiendo: ahora, el curso seguido por cada proceso nacional brota del lugar que ocupa en el movimiento de la unidad mundial de la acumulación de capital. Esto es, cuanto más actúan los procesos nacionales originales dando curso a la unidad mundial de la acumulación, más se determinan a sí mismos, no ya como los sujetos autónomos que concurren a formarla, sino como órganos nacionales específicos de dicha unidad⁹⁹.

En definitiva, la expansión del capital, impulsada inicialmente desde los países clásicos, los determina a estos como formas específicas de una unidad mundial diferenciada en espacios nacionales. De ser portadores de las potencias generales del capitalismo pasan a afirmarse como formas específicas de un desarrollo general. Estamos ante un proceso de especificación que nos permite entender la razón por la cual dichas naciones pudieron originariamente parecer marcar el destino del resto. Pero si esa apariencia podía sostenerse durante buena parte del siglo XIX, conforme nos adentramos en el siglo XX comenzó a chocar contra las formas concretas con que se afirmaba la diferenciación internacional del capital. Disolviendo imperios y unidades políticas que dominaban sobre territorios que hoy ocupan diversos Estados nacionales autodeterminados, el capital se desplegó en el mundo dando forma a naciones de lo más variadas, donde ninguna de las explicaciones que hacían eje en condiciones generales precedentes al capital podían captar el proceso en su diversidad. Razón por la cual, debían abstraer alguna de sus manifestaciones como si fueran causa exterior del problema.

El siglo XX creó numerosos espacios nacionales, fragmentando a la clase obrera sobre bases que ya cada vez más difícilmente puedan ser pensadas como heredadas, sino como engendradas por el propio capital. La propia cuestión de la autodeterminación nacional nos revela un proceso de fragmentación en unidades políticas ya establecidas y no de centralización. En la actualidad, la lucha por la autodeterminación nacional carece de base en procesos de acumulación originaria. Su realidad es la fragmentación de una clase obrera ya existente, especificándose en espacios donde desarrollarse con atributos subjetivos distintos. De aquí la necesidad de nutrirse de tradiciones inventadas, como llegó a reconocer Hobsbawm, aunque sin explicar el proceso que las engendra.

Lejos de ser una forma destinada a su pronta disolución, la fragmentación del mundo en naciones se afirma conforme el desarrollo del modo de producción capitalista. Entonces, ¿qué nos dice esto sobre la acción política obrera respecto de la nacionalidad? Si es cierto que la clase obrera se determina a sí misma como sujeto revolucionario destruyendo la nacionalidad, debemos despojarnos de toda idea que refiera la nacionalidad a un resabio y respondernos en primer lugar por qué su práctica como productor de mercancías la desarrolla con conciencia nacional.

Clase obrera y conciencia nacional

La clase obrera llega a tener conciencia nacional por la misma necesidad por la cual el producto de su trabajo se transforma en una mercancía portadora de valor. En la sociedad capitalista, la producción social se organiza de manera privada e independiente. Se trata de una sociedad fundada en la disolución de relaciones de dependencia personal, donde la conciencia y la voluntad del productor no se encuentran subordinadas a otros individuos. Pueden aplicarse de manera libre en la organización del trabajo privado por estar privadas de involucrarse en la organización del trabajo de los demás¹⁰⁰. Es libre de organizar su acción en forma privada, pero las potencias de sus actos no están contenidas, para

⁹⁹ Carrera, J.I.: La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013, p. 58

¹⁰⁰ Carrera, J. I. El capital..., Op. Cit., p. 11.

este sujeto, en sus actos mismos; le son extrañas. O, como señala Carrera, “el productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es sirviente del carácter social de su producto”¹⁰¹.

El cambio mercantil es donde se pone de manifiesto si un trabajo privado forma parte del trabajo social. Por ello, el productor de mercancías no puede contentarse con producir valores de uso, debe producir su relación social general, debe producir valor. Donde lo que rige la producción social no es sino la forma objetivada que toma dicha relación social en el dinero. El que los productos del trabajo social no se intercambien sino como portadores de valor determina a la relación entre productores como una de carácter indirecto. Se realiza en una forma de intercambio que se separa en momentos de compra y venta, derribando las barreras temporales, locales e individuales del intercambio¹⁰². La relación social capitalista encierra así la potencia de superar toda forma de aislamiento geográfico. Pero esta superación de formas de aislamiento no debe confundirse con el encuentro directo de los habitantes del mundo. Lo que se extiende es un vínculo social mediado por el valor. El cosmopolitismo latente en todo productor de mercancías no es sino la forma con que se afirma su aislamiento privado, desde el cual, el productor reconoce al otro como igual en la misma medida en que le es un ser extraño. Así, se reproduce una relación social autonomizada en la cual el carácter social de su trabajo se proyecta como si fuese un don natural de los objetos que produce, como si el vínculo social que une a los productores fuese una relación establecida entre los mismos objetos al margen de ellos¹⁰³. Pero las mercancías no llegan solas al mercado. Para que las cosas se relacionen las unas a las otras como mercancías es necesario que sus poseedores se relacionen como personas cuyas voluntades residen en aquellos objetos. Los productores deben reconocerse como propietarios privados bajo relaciones jurídicas que tienen como forma concreta de realizarse al contrato¹⁰⁴ y, para que haya contrato, tiene que haber un tercero cuya particularidad no es la de celebrar contratos, sino la de actuar como quien le da validez. Dicha validez no puede depender de la virtud personal de los sujetos privados. Un contrato se celebra entre personificaciones. Para ellos, el vínculo social no es más que un proceso individual¹⁰⁵. El productor de mercancías no podría afirmar su carácter privado e independiente actuando como su propio juez, ni dependiendo del reconocimiento fortuito de otro sujeto privado e independiente, sino que presupone su reconocimiento general por parte de un representante que tiene una existencia propia e independiente respecto de los productores privados, que personifica la reproducción de la relación social general enajenada: el Estado.

La unidad social se le presenta entonces como una potencia exterior al productor de mercancías y la sociedad lo reconoce de manera igualmente exterior. Se trata de una sociedad que glorifica el individualismo, pero que es incapaz de reconocer la individualidad. En su lugar, lo reconocido son individuos medios cuya libertad personal no es sino aquella que experimentan por haber sido arrojados al terreno del azar y la falta de planificación¹⁰⁶. Gozan de libertad de opinión por no tener más que un punto de vista de la unidad social, desde los límites que fija la división mercantil del trabajo¹⁰⁷. Su libertad no es sino una forma concreta de afirmarse una conciencia enajenada que solo encuentra reconocimiento en las apariencias de la circulación, donde aparece ya no como la forma específica con que se realiza la producción social organizada de manera privada e independiente sino invertida como brotando de un derecho natural. En consonancia, la sociedad es representada como una comunidad de sujetos independientes, libres, iguales y unidos por una conexión natural. Es decir, una nación. El

¹⁰¹ Carrera, J. I. El capital..., Op. Cit., p. 11.

¹⁰² Marx, K. El Capital..., Op. Cit., p. 73.

¹⁰³ Marx, K. El Capital..., Op. Cit., p. 37.

¹⁰⁴ Marx, K. El Capital..., Op. Cit., p. 48.

¹⁰⁵ Marx, K. El Capital..., Op. Cit., p. 49.

¹⁰⁶ Marx, K. y Engels, F.: La ideología alemana, Nuestra América, Buenos Aires, 2004, p. 68.

¹⁰⁷ “la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social”, Marx, K.: Manuscritos..., Op. Cit., p. 32.

Estado, por su parte, como un Estado nacional.

El Estado nacional aparece representando el interés de una sociedad basada en la libertad individual. Lo cual, no debe confundirse con un Estado en el cual lo particular y lo universal se hallan finalmente encontrados sin oposición. Se trata de individuos que no podrían nunca acordar delegar el monopolio de la representación general de la relación social. Contra toda apariencia contractualista, el Estado nacional constituye invariablemente un poder exterior para el productor. La sociedad capitalista transforma al Estado, cuyo origen le precede, en una forma acorde a la necesidad de actuar como representante general del capital, donde aparece una esfera pública escindida de la esfera privada. Por ello, Marx reconocía que el Estado moderno, aun despojándose de toda religión oficial, necesita comportarse “de un modo tan espiritualista como el cielo respecto a la tierra”¹⁰⁸, donde el hombre en la inmediata realidad de la sociedad civil pasa a ser su ser profano.

El Estado moderno no puede espiritualizarse sin un imaginario de nación que exprese la distinción entre esferas de la acción y su unidad general. El Estado nacional aparece como una comunidad “ideal” separada y contrapuesta a la realidad “material” de la sociedad civil. Su historia parece estar por fuera de los hombres reales que lo determinan y el propio pasado subsiste como realidad que pesa sobre la conciencia de los hombres del presente¹⁰⁹. Pero reconocer esto no es lo mismo a reducir la nación a un imaginario (Anderson), un conjunto de tradiciones inventadas (Hobsbawm) o un concepto burgués obsoleto (Luxemburg) sostenido en la pereza mental (Strasser). La nacionalidad no es un parásito mental que se cura pensando. El problema está en la realidad de las relaciones sociales y no en las palabras que la expresan. Si el devenir de la unidad social se le aparece al productor de mercancías como teniendo una existencia histórica extraña y autonomizada a su ser individual es porque la tiene, en la misma medida en que el trabajo pasado de la sociedad domina sobre la actividad vital del presente.

La nacionalidad es la conciencia de comunidad del productor de mercancías. Nos refiere a una experiencia que tiene sobre su propia práctica. La nación implica pertenencia impersonal a la cultura. El hombre con conciencia nacional mantiene una relación social cosmopolita por su contenido, pero solo puede identificarse con el espacio de sociabilidad que en la práctica lo reconoce comprándole su mercancía. Su lealtad política no se orienta a personas concretas, sino que trasciende todo vínculo personal apuntando a una cultura que lleva consigo¹¹⁰. En otras palabras, aquello a lo que debe lealtad es algo que está portado en él. Su lealtad es, en definitiva, a sí mismo. ¿Internacionalista o nacionalista? Fetichista. La conciencia de comunidad del productor de mercancías se tensiona hacia formas contradictorias que le dicta la mercancía de la cual es poseedor, oscilando entre repudiar todo límite a su libertad y la defensa de aquello que la limita como algo que emerge por mérito propio, que lo define como productor privado e independiente.

Su existencia como productor privado e independiente determina a la clase obrera como un sujeto cuya posición subjetiva frente a su ser social adquiere características que corresponden con la particularidad de la mercancía que personifica: la fuerza de trabajo. Se trata de una mercancía que siempre sobra. La propia existencia de población sobrante es lo que plasma la división de clases en la sociedad¹¹¹. Bajo estas condiciones, la reproducción de la fuerza de trabajo por su valor no emerge de la simple concurrencia al mercado, sino que demanda establecer lazos de solidaridad. La clase obrera se ve forzada a luchar por objetivar las condiciones para la compra y venta de fuerza de trabajo en leyes estatales¹¹². Debe transformar la reproducción de la fuerza de trabajo en una demanda social, en un

¹⁰⁸ Marx, K.: Sobre la cuestión judía, Op. Cit., p. 185.

¹⁰⁹ Marx, K.: El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, pp. 13-16.

¹¹⁰ Es Gellner quien advierte esta relación particular que el hombre con conciencia nacional tiene con su cultura. Ver Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1988, p. 36. Aunque presenta esta identidad como expresión de la simple división del trabajo en abstracción de su forma específica capitalista.

¹¹¹ Marx, K.: *El 18 Brumario...*, Op. Cit., p. 143.

¹¹² Caligaris, G.: “Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política”, *Relaciones*

asunto de utilidad pública. Por ello, como advertía Lenin, no puede contentarse con la mera actividad gremial, acotada siempre al ámbito de capitales particulares, sino que debe actuar como partido político cuyos alcances se extiendan al ámbito nacional¹¹³. Al mismo tiempo, el ámbito nacional se determina como un espacio que regula la compra y venta de fuerza de trabajo de una porción de la clase obrera.

Lejos de ser fruto de un engaño directo, la conciencia nacional es una necesidad práctica de la clase obrera en tanto productora de mercancías. Se renueva cada vez que la clase obrera necesita regular la venta de su fuerza de trabajo. En este sentido, aunque pueda implicar un enfrentamiento con el Estado, está asociada a su práctica "reformista". La conciencia nacional organiza la firma de contratos, no destruye la relación contractual. Pero su aparición como problema teórico para el marxismo no proviene estrictamente de esta cuestión, sino del hecho de que, en su devenir histórico como productor de mercancías, la clase obrera no se enfrenta directamente a su relación social en una forma objetivada general, sino fragmentada en espacios nacionales. No se enfrenta al Estado, en tanto representante general del capital, sino a Estados nacionales.

Esto nos llevó a poner en discusión perspectivas que veían la diferenciación internacional como simple subsistencia de una realidad precapitalista. Por su parte, la plena actualidad de la diferenciación nacional fue reconocida en las últimas décadas por autores de origen weberiano como Ernst Gellner. En *Thought and Change*¹¹⁴ y *Nations and nationalism*¹¹⁵, Gellner desarrolla una perspectiva del nacionalismo como secularización de la cultura inherente al proceso de industrialización, iniciado desde el siglo XIX, cuya base es la creciente división del trabajo. Las diferencias nacionales son presentadas como dando forma a dicha división. La industria avanza por el mundo transformando sociedades agrarias en sociedades civiles y el nacionalismo como un impulso siempre modernizador. Pero no deja de tratarse de una perspectiva donde no pareciera habitar mayor contradicción que la que surge de la relación entre desarrollo y subdesarrollo. Entre un presente y un futuro que es la simple expresión ampliada del presente, en Gellner no hay lugar para la superación de la conciencia nacional porque no se concibe la superación de la división del trabajo planteada en términos de Adam Smith.

Se trata de un enfoque que fue reproducido por discípulos marxistas, como Tom Nairn. Ninguna particularidad nacional es importante pero la particularidad misma es indispensable nos dice Nairn¹¹⁶, para quien las diferencias nacionales son las huellas de la diversidad del mundo agrario sobre el cual avanzó el modo de producción capitalista, y el nacionalismo constituye el continuo esfuerzo compensador de los países por alcanzar un desarrollo genérico. El capital es reducido al acto de la competencia por la competencia misma. Lo importante es competir y donde hay competencia, hay necesidad de compensar el propio subdesarrollo frente al desarrollo del competidor. Es necesario, por lo tanto, una forma de conciencia general que agrupe a los hombres con el fin de alcanzar dicha compensación. Esto es, el nacionalismo. Pero a Nairn nunca se le aparece que las diferencias nacionales son diferenciaciones de una misma relación social de carácter mundial, sino que presenta a dicha relación social surgiendo de la confluencia competitiva de espacios nacionales que se determinan a sí mismos persiguiendo cada uno de ellos un desarrollo genérico.

Cuando se abstraen las diferencias nacionales de la unidad mundial, las manifestaciones del proceso de acumulación de capital se terminan poniendo en oposición unas a otras como si no fueran formas contradictorias pero necesarias de lo mismo, sino como afirmaciones inmediatas mutuamente excluyentes. Hasta aquí vimos que, para ello se toman formas objetivas o subjetivas propias de las formas nacionales y se las coloca como determinación anterior al capital. Pero esto no es sino la esencia del modo de producción capitalista. El capital se desarrolla liberando, por primera vez en la historia

económicas y políticas: aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx, 2012, pp. 76-77.

¹¹³ Lenin, V.: *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Akal, 2015.

¹¹⁴ Gellner, E.: *Thought and change*, Chicago University Press, Chicago, 1964.

¹¹⁵ Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. Op. Cit.

¹¹⁶ Nairn, T.: *Faces of nationalism: Janus revisited*. Verso, 1997, p. 8.

humana, a la subjetividad de su propio mundo objetivo. El productor doblemente libre aparece así para el capital como mera capacidad subjetiva desprovista de medios, conservando una existencia siempre ajena al producto. Para esta forma de conciencia enajenada, la comunidad aparece alternativamente como objetividad exterior o como pura interioridad. Pero lo que aparece como oposiciones excluyentes es la base de la enajenación, donde, como advertía Marx, cada manifestación de la actividad humana enajenada “se relaciona de forma enajenada con la otra enajenación”¹¹⁷. La superación de la conciencia nacional implica enfrentarse al hecho de que ni la subjetividad existe en abstracción de la reproducción de la vida material, ni el mundo objetivo se compone de otra cosa que de medios para la reproducción del sujeto. Subjetividad y objetividad son formas de lo mismo.

Si la superación de las nacionalidades aparece para la clase obrera como una necesidad no es sino porque los lazos de solidaridad que debe establecer para garantizar su reproducción demandan un alcance que desborde los límites nacionales, en la medida en que se extiende globalmente la relación competitiva entre vendedores de fuerza de trabajo. Con el desarrollo histórico del modo de producción capitalista, dice Marx, la gran industria “creó por primera vez la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo dentro de ella dependiera del mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones atrasadas”¹¹⁸. En este desarrollo, “mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba destruida toda nacionalidad.”¹¹⁹. La nacionalidad debe entenderse como la afirmación de una comunidad de burgueses particulares contra el proletariado al interior del país¹²⁰, mientras que la clase cuya práctica encierra la potencia de superar las limitaciones nacionales es la clase obrera. Por ello, afirma Marx: “La nacionalidad del trabajador no es francesa, inglesa o alemana, es el trabajo”¹²¹. El trabajo es la práctica social que destruye la nacionalidad.

Si el obrero de la gran industria crea la historia universal destruyendo la nacionalidad es porque crea un mundo donde la necesidad de espiritualizar el pasado cede en la misma medida en que desarrolla una conciencia científica sobre las potencias presentes de su propio trabajo. Por el mismo proceso que multiplica naciones, y puede incluso transformar a la diversidad en un valor, puesto que en definitiva se revela como diferenciación de lo mismo, se hace perder sentido práctico a la fragmentación de la subjetividad obrera en espacios diferentes.

El internacionalismo de la clase obrera se desarrolla como una necesidad práctica en la medida en que las diferencias nacionales se evidencian como diferenciación de un mismo proceso de metabolismo social, como manifestación del presente y no como supervivencia exterior de un pasado que pesa sobre nuestras conciencias. Se trata de un mundo que debe finalmente enfrentarse a la realidad de que el pensamiento nacional es una contradicción en sus propios términos puesto que la nacionalidad no tiene de donde afirmarse sino, como llegó a reconocer Kautsky, de una cultura cuyo contenido es mundial. Y que, por ello, puede reconocer que cualquier afirmación teórica que se presente como expresión de condicionamientos locales constituye un retroceso respecto de lo que ya se encontraba originalmente en Adam Smith. El pensamiento no puede ser nacional porque las relaciones sociales que constituyen a las naciones no lo son. Lo que tiene por delante la clase obrera es enfrentarse a su relación social sin rodeos¹²².

¹¹⁷ Marx, K.: *Manuscritos...*, Op. Cit., p. 166.

¹¹⁸ Marx, K. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Op. Cit., p. 60.

¹¹⁹ Marx, K. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Op. Cit. p. 61

¹²⁰ Marx, K.: “On Friedrich List's Book...”, Op. Cit., p. 280.

¹²¹ Marx, K.: “On Friedrich List's Book...”, Op. Cit., p. 280.

¹²² “Lo que antes era ser fuera de sí, enajenación real del hombre, se ha convertido ahora en el acto de la enajenación, en enajenación en sí. Si esa Economía Política comienza, pues, con un reconocimiento aparente del hombre, de su independencia, de su libre actividad, etcétera, al trasladar a la esencia misma del hombre la propiedad privada, no puede ya ser condicionada

Que las burguesías nacionales necesiten medirse a sí mismas con una vara distinta y opuesta a las demás no nos revela más que su impotencia para determinarse como sujeto universal. Las potencias revolucionarias de la clase obrera no se desarrollan confirmando lo nacional, ni como negación inmediata desde un internacionalismo abstracto que, todavía mediado por la nacionalidad, se afirma unilateralizando el cosmopolitismo latente a la mercancía, sino del enfrentarse al contenido mundial de la relación social enajenada que la determina como sujeto universal. En definitiva, la crítica de la nacionalidad no surge exteriormente a la crítica de la economía política, sino que es su desarrollo.

Bibliografía

- Acton, J. E.: "Nationality", en *The history of freedom and other essays*, Macmillan, London, 1907
- Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993
- Aricó, J.: *Marx y América Latina*, Catálogos, Buenos Aires, 1988.
- Aricó, J.: *Marx y América Latina*, Catálogos, Buenos Aires, 1988.
- Astarita, R.: "Lenin, sobre dependencia y liberación nacional." *La balsa de piedra: revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea*, n° 8, 2014, pp. 6-13.
- Bauer, Otto. *The question of nationalities and social democracy*. U of Minnesota Press, 2000.
- Bernstein, E.: "La socialdemocracia alemana y los conflictos turcos", en AA.VV.: *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente n° 73, 1978.
- Bloom, Solomon F. *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*. Columbia University Press, 1941
- Caligaris, G.: "Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política", *Relaciones económicas y políticas: aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, 2012.
- Carrera, J. I. *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imagomundi, Buenos Aires, 2008.
- Carrera, J.I., "Acerca del carácter de la relación base económica - superestructura política y jurídica: la oposición entre representación lógica y reproducción dialéctica", en Caligaris, G. y Fitzsimons, A.: *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 2012.
- Carrera, J.I.: *La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX*, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013.
- Dachevsky, F. G.: "Lenin y la especificidad nacional en el capitalismo. Análisis de sus escritos económicos sobre Rusia." *Izquierdas* 46, 2019.
- Davidson, Neil. *Nation-states: Consciousness and competition*. Haymarket Books, 2016
- Echeverría, B. "El problema de la nación (desde la crítica de la economía política)." *En Cuadernos Políticos*, n° 29, México, 1981.
- Fichte, J.G.: *Discursos a la nación alemana*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.
- Gellner, E.: *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1988.

por las determinaciones locales, nacionales, etc, de la propiedad privada como un ser que exista fuera de ella, es decir, si esa Economía Política desarrolla una energía cosmopolita, general, que derriba todo límite y toda atadura, para situarse a sí misma en su lugar como la única política, la única generalidad, el límite único, la única atadura, así también ha de arrojar ella en su posterior desarrollo esta hipocresía y ha de aparecer en su total cinismo", Marx, K.: *Manuscritos...*, Op. Cit., p. 140.

- Gellner, E.: *Thought and change*, Chicago University Press, Chicago, 1964.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5, Ediciones Era, 1999
- Haupt, G. y Weill, C.: "Marx y Engels frente al problema de las naciones. La cuestión nacional y la formación de los estados", AA.VV.: *Cuadernos de pasado y presente*. 69, 1980.
- Hegel, G. W. F.: *Fenomenología del espíritu*. Fondo de cultura económica, 2017.
- Hobsbawm, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona. *Crítica*, 1991, vol. 18.
- Hobsbawm, E., *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 2016.
- Hobsbawm, H. y Ranger, T.: *La invención de la tradición*, Crítica. Barcelona, 2002.
- Izquierdo, M.P (comp.): *Rosa Luxemburgo. Textos sobre la cuestión nacional*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1977.
- Kautsky, K. "La nacionalidad moderna", en AA.VV.: *Cuadernos de Pasado y Presente n° 73*, Siglo XXI, México, 1978.
- Kautsky, K., "Nacionalidad e internacionalidad", en AA.VV.: *Cuadernos de Pasado y Presente n° 73*, Siglo XXI, México, 1978.
- Kolakowski, L.: *Las principales corrientes del marxismo*. Vol. 5. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Lenin, V. "Balance de la discusión sobre la autodeterminación", en Lenin, Vladimir Il'ich, y C. Leiteizen. *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1967.
- Lenin, V. Polnoe sobranie sočinenij Tom 48 Pis'ma: janvar' - maj 1911 g. Istočnik: <https://leninism.su/works/87-tom-48/362-pisma-ynvar-may-1911.html>
- Lenin, V., *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Akal, 2015.
- Lenin, V.: "¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?", *Obras completas. Tomo I*, Madrid, Akal Editor, 1975.
- Lenin, V.: "El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación", en *Obras completas. Tomo 23*, Akal, Madrid, p. 1977.
- Lenin, V.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Moscú, Progreso, 1950.
- Lenin, V.: El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional, en *Obras completas. Tomo 23*, Akal, Madrid, 1977.
- Lenin, V.: *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967, Moscú.
- Luxemburg, R.: *The national question*, disponible en <https://www.marxists.org/archive/luxemburg/1909/national-question/index.htm>.
- Mármora, L.: *El concepto socialista de nación*. Mexico City: Siglo XXI, 1986.
- Marx, K. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Nuestra América, Buenos Aires, 2004.
- Marx, K. y Engels, F.: *Manifiesto del Partido Comunista*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1974 (1848)
- Marx, K.: "On Friedrich List's Book *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*", en *Marx and Engels Collected Works, n° 4*, Lawrence & Wishart, 2010.
- Marx, K.: "Sobre la cuestión judía", en Marx, K. y Bauer, B.: *Sobre la liberación humana*, Ediciones RyR, Buenos Aires, 2012.
- Marx, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI editores, México.
- Marx, K.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003.
- Marx, K.: *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo 1*, Fondo de Cultura Económica, México,

2012.

- Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857 – 1858. Tomo 1*, Siglo XXI editores, México.
- Marx, K.: *Manuscritos: economía y filosofía*, Altaya, Buenos Aires, 1997.
- Mill, J.S. *El gobierno representativo*. Libería de Victoriano Suarez, Madrid, 1878.
- Nairn, T.: “The modern Janus”, *New Left Review*, 1975, vol. 94, no 1.
- Nairn, T.: *Faces of nationalism: Janus revisited*. Verso, 1997.
- Popper, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Vo. 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- Renan, E.: ¿Qué es una nación?, Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882, ed. digital: Franco Savarino, recuperado en http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf, 2004.
- Renner, K. (Synopticus), “Estado y nación”, en AA.VV., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera parte*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 73, México, 1980.
- Rosdolsky, R. *Friedrich Engels y el problema de los pueblos" sin historia": la cuestion de las nacionalidades en la revolucion de 1848-1849*, Pasado y presente, México, 1980.
- Rosen, F.: “Nationalism and early British liberal thought”, *Journal of Political Ideologies*, 2(2), 1997)
- Smith, Anthony D., *Nationalism and modernism*. Routledge, 2013.
- Stalin, J. “El marxismo y la cuestión nacional”, en <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>
- Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital: de la critica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2017.
- Strasser, J.: "El obrero y la nación." *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial (Segunda parte)*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1980.
- Tamir, Y., *Liberal nationalism*. Princeton University Press, 1995.
- Traverso, Enzo, and Michael Löwy. "The Marxist Approach to the National Question: A Critique of Nimni's Interpretation." *Science & Society* 54.2, 1990.
- Veraza, J.: *Luchar por la nación en la globalización*, Ed. Itaca, México, 2005.
- von Braunmühl, Claudia. "El análisis del Estado nacional burgués en el contexto del mercado mundial. Un intento por desarrollar una aproximación metodológica y teórica." *Bonnet, A. y Piva, A (comps.) Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.
- Zavaleta Mercado, R.: “Notas sobre la cuestión nacional en América Latina”, en *La autodeterminación de las masas*, S XXI-CLACSO, Bogotá.